

Todos los caminos conducen a Pittsburgh o «el agente Carmelo»

Alejandro de la Fuente

ENCONTRÉ POR PRIMERA VEZ EL NOMBRE DE CARMELO en el otoño de 1991, en el caótico estudio de mi amigo y maestro Manuel Moreno Fragnals, al fondo de su casa en Miramar. Allí nos sentábamos con frecuencia a meditar sobre el futuro de la Isla y, por lo tanto, a conspirar sobre nuestro propio futuro, inevitablemente ligado al del país en que vivíamos. «Tienes que escribirle a Carmelo Mesa-Lago», me dijo un día Moreno mientras discutíamos la posibilidad de que yo continuara mis estudios en Estados Unidos. «¿Pero él es historiador?». «No», dijo Moreno, «no es historiador. Pero es una de las personas que más ha hecho por los estudios cubanos fuera de la Isla y alguien que estoy seguro te ayudará».

Permítanme recordar que estoy hablando de un mundo en el que todavía había una Unión que, por muy reformista que se hubiera vuelto, seguía siendo aún soviética. Moreno sabía que comunicarse con Carmelo, o con cualquier otro autor de la entonces llamada «cubanología», tenía implicaciones claras. Equivalía a moverse desde la estrechez ideológica de las instituciones cubanas hacia el pluralismo de la academia norteamericana. En esa época no había espacio en Cuba para contactos de ese tipo. Mis deseos de realizar un doctorado en Estados Unidos equivalían a un acto de traición. Contactar con Carmelo era como un primer intento de venderle el alma al diablo.

Un diablo al que no era fácil acceder. Intentar aplicar en una universidad norteamericana desde Cuba era entonces virtualmente imposible. Para empezar, había que establecer correspondencia con ellos, pero sin utilizar el correo cubano, que en lo que a privacidad concierne es totalmente fiable: todo lo leen. ¿Cómo lograr esto en ausencia del correo electrónico, que no existía aún? Moreno me dio, como en muchas otras cosas, la respuesta: él

tenía acceso a la valija de la UNESCO y las autoridades cubanas no podían tocar esa correspondencia. De esta forma, Carmelo recibió una carta de un historiador cubano que no tenía intenciones de estudiar economía, sino historia y cuya dirección postal no estaba en el Municipio Plaza, sino en unas oficinas de París. Retrospectivamente, es un milagro que yo haya cursado estudios en Pitt.

Mientras, intenté saber un poco más de la persona a la que había escrito. Esto también era difícil, pues aunque Carmelo ya había publicado una docena de libros, incluido su seminal *Cuba in the 1970s* y, a pesar de que al menos algunos existían en la Biblioteca Nacional José Martí, ver esos libros era entonces algo complicadísimo. Como es conocido, estos libros estaban en la llamada «reserva amarilla», una colección de acceso limitado a la que iban a parar las publicaciones de los llamados cubanólogos. Para verlos había que obtener un permiso especial de la dirección de la biblioteca. En principio, yo podía solicitar ese permiso, pero ¿cómo justificar mi interés en leer a Carmelo Mesa-Lago si lo que yo hacía era historia colonial, y peor aún, historia colonial temprana? Dos cosas ayudaron. Una, *Cuban Studies*. La revista, que entre los intelectuales jóvenes cubanos tenía el rango de mítica, publicaba trabajos históricos y era por lo tanto legítimo el querer consultarla sin levantar demasiadas sospechas. Fundada por Carmelo en 1970, *Cuban Studies* era universalmente reconocida como el órgano más serio de los estudios cubanos fuera de la Isla. El segundo elemento de ayuda no fue una revista, sino algunos de los bibliotecarios de esa institución, gente como el desaparecido Israel Echevarría, quien siempre hizo mucho más que lo posible por facilitar nuestro acceso a los materiales de la biblioteca, cualquiera que fuera su contenido. Israel pertenecía a esa estirpe ilustre de bibliotecarios que, precisamente porque amaba a sus libros, le daba la bienvenida a los usuarios e investigadores. Mi autorización era para ver *Cuban Studies*, pero para algunos bibliotecarios como Israel eso era un tecnicismo. Súbitamente, tuve la oportunidad de leer a los demonios de la cubanología, muchos de los cuales, decían las autoridades cubanas, eran vasallos serviles y bien remunerados de la Agencia Central de Inteligencia.

La carta que había enviado llegó a su destino, pues Carmelo, quien por origen y vocación estaba bien preparado para lidiar con el surrealismo cubano, se la pasó al departamento de historia, con el que a partir de ese momento estuve en contacto, cortesía de la UNESCO, de Carmelo y de Moreno. De Carmelo no supe más, seguramente porque a los agentes de la CIA les estaba prohibido cartearse con bolcheviques de la Isla, aun con aquellos que como yo se iban distanciando, no sin dolor, del oficialismo cubano.

Todo marchaba a pedir de boca, hasta que el gobierno norteamericano, cuyo manejo de Cuba y los cubanos constituye un verdadero tratado de imbecilidad política, me negó la visa. Todos los papeles estaban en regla, pero no había visa. Había llegado la hora de contactar al agente Carmelo, quien seguramente sólo tendría que levantar un teléfono. Una vez que él le hablara a Langley, esto sería coser y cantar. Puro trámite.

La visa no apareció, desde luego, y para esto yo no tenía explicación. ¿Un súper-agente-que-no-puede-buscar-visa? ¿Qué clase de agente era éste? Creo

que empecé a entender mejor la situación unas semanas más tarde, cuando encontré a Carmelo en su oficina de la Universidad de Pittsburgh, adonde llegué finalmente a pesar del Departamento de Estado norteamericano. «Si este tipo es un espía, los servicios de espionaje americanos están muy jodidos», fue lo que pensé. Apenas unos minutos después de haberme conocido personalmente, Carmelo desplegó sobre la mesa unas tablas enormes llenas de números incomprensibles e inconexos y me pidió ayuda para construir una serie. Yo había hecho alguna historia cuantitativa y como historiador estaba entrenado para trabajar con datos fragmentarios y deficientes. Pero lo que Carmelo pedía era un imposible: era hacer sentido de las cifras económicas cubanas para entender las oscilaciones reales de la economía de la Isla. De alguna manera, él ha logrado encontrarle sentido a esas cifras y estudiarlas seriamente.

Resultó que las verdaderas obsesiones del «agente Carmelo» eran todas empresas académicas legítimas: el estudio comparado de modelos económicos, los sistemas de seguridad social y, por último, aunque no lo último, el estudio de la economía cubana. Lo que yo encontré a fines del verano de 1992 fue un académico dedicado y obsesivo, puntilloso y machacón, que podía pasar horas interminables construyendo una tabla. En las clases era igual. Sus cursos de economía latinoamericana se llenaban rápidamente, porque éstos representaban una introducción magnífica a los retos de la región y a su fascinante historia económica. Carmelo se tomaba el trabajo de discutir los distintos modelos y enfoques económicos que se han implementado en América Latina y lo hacía con una objetividad despiadada y fría. Era fácil percibir que él simpatizaba con los modelos de economía mixta, en los que el sector privado convivía con un sector público más o menos robusto. Era también fácil percibir que los llamados modelos neoliberales, exportados por Washington tras la crisis económica y financiera de los 80, no contaban con su apoyo. Pero lo que quiero destacar es que Carmelo presentaba todos los modelos con similar pasión, cualquiera que fuera su preferencia personal, y permitía a los estudiantes debatir abiertamente sus ideas sobre los mismos. Esto puede que no parezca sorprendente. A fin de cuentas, el debate de ideas, sin cortapisas ni exclusiones, es la esencia misma de una educación liberal. Pero recuerden que yo llevaba en Pittsburgh sólo unas semanas y que estaba saboreando mis primeras experiencias educacionales de este tipo. Quizás lo más importante que aprendí en ese curso no tenga mucho que ver con la sustitución de importaciones o con la tenaz inflación que afectó a una buena parte de América Latina en los 80, sino el hecho, elemental pero fundamental al mismo tiempo, de que no hay educación sin debate y por lo tanto sin libertades y garantías mínimas.

Ese curso fue el comienzo de una profunda amistad y de encuentros semanales en los que los temas cubanos han constituido el tópico inevitable. Desde la fascinante plástica producida en la Isla en los 80 y los 90, hasta las reformas implementadas por las autoridades cubanas durante el llamado Período Especial, ningún tema cubano nos ha sido ajeno. Han pasado más de diez años y todavía nuestros encuentros giran sobre nuestra tierra, sobre su gente y sus

problemas. Ese curso fue también el comienzo de una colaboración permanente y variada en la que me tocó —y esto es algo que considero un privilegio— contribuir modestamente a algunas de sus obras. Por ejemplo, cuando yo llegué a Pitt, Carmelo ya no editaba *Cuban Studies* aunque la revista continuaba produciéndose por University of Pittsburgh Press y algunas tareas de edición se hacían localmente. A partir de 1994, durante unos cinco años, me hice cargo de la sección de reseñas de la revista. Un placer singular, eso de trabajar en la misma revista que antes había podido leer sólo mediante autorizaciones, cuños y permisos. Tuve entonces, además, la oportunidad de trabajar con algunos de los demonios más peligrosos y astutos de la cubanología, incluidos Jorge Domínguez, Jorge Pérez-López, Lou Pérez y Enrico Mario Santí, todos los cuales editaban números alternativos de la revista en esos años.

Con Carmelo compartí, además, la tarea de impulsar los estudios cubanos en la Universidad de Pittsburgh. En esta área nuestras posiciones eran de total coincidencia. El intercambio de ideas, fuentes y materiales con académicos cubanos de la Isla debía ser propiciado a toda costa. Quede claro que no se trataba de promover ninguna agenda política al estilo del famoso «carril dos» de la ley Torricelli, muy en boga por esos años. El propósito no era convertir a nadie, que para algo existen curas. Era, por el contrario, debatir ideas, comparar resultados, imaginar nuevos problemas de investigación y estudio, desde posiciones de respeto y sin exclusiones discriminatorias. Además, esto no era excepcional. En el Centro de Estudios Latinoamericanos de la universidad, centro que Carmelo dirigió por muchos años y que contribuyó a convertir en uno de los mejores del país, se producían intercambios similares con intelectuales y académicos de muchos otros países y de muy diversas orientaciones ideológicas. No niego que el caso cubano tuviera matices propios, dados el inmovilismo oficial cubano y la obstinación imperial americana con la Isla. Lo que quiero destacar es que esa voluntad de diálogo e intercambio no dependía para nada de las políticas del gobierno de turno, ni de sus planes fantásticos por controlar la transición en la Isla. Esto es algo que las autoridades culturales cubanas han llegado a comprender sólo con gran dificultad: que existe vida fuera de la llamada batalla de ideas y que muchos de los que elaboran esas ideas carecen de vocación guerrera.

En alguna medida, mi propio trabajo de investigación ha transitado, también, por algunos de los caminos que Carmelo abrió hace años. Al igual que otros académicos cubanoamericanos destacados, como Jorge Domínguez, Benigno Aguirre, u otros, Carmelo dedicó alguna atención al tema de la desigualdad racial en Cuba. Por una parte, era un indicador ideal para medir el impacto de la Revolución de 1959 en las desigualdades sociales y en los sectores más pobres de la población. Por otra parte, ese interés estaba vinculado con las realidades sociales norteamericanas, en especial con la lucha por los derechos civiles de los años 60. En un importante artículo publicado en 1974, junto a Marianne Masferrer, Carmelo intentó medir la evolución de la desigualdad racial en Cuba a través de una serie de indicadores utilizando el material censal disponible. Al igual que las contribuciones de Domínguez y

Aguirre, la de Carmelo se caracterizaba por su seriedad y por su balance. Cuba no era el paraíso racial que las autoridades cubanas preconizaban, pero tampoco era el infierno social y racial que proclamaban los adversarios más estridentes del experimento cubano. Existían problemas, pero también había aciertos. En lo fundamental, mi trabajo ha corroborado estos planteamientos y ha intentado reproducir y continuar la tradición de objetividad que Carmelo y otros académicos cubanoamericanos iniciaron hace años.

Mas allá de los empeños intelectuales compartidos, sin embargo, entre el discípulo y el maestro se desarrolló una amistad que no puede ser encapsulada en unas pocas líneas. Mi exilio hubiera sido infinitamente más difícil sin su apoyo y sin el afecto y la bondad de su esposa Elena, a quien seguramente debíamos estar brindando este homenaje. Todo lo que Carmelo ha hecho en su vida —que no es poco— lo ha hecho gracias a Elena. Yo puedo decir sin exageración que debo mucho a esta mujer y —Carmelo me va a tener que perdonar por esto— que ser amigo de él se hace muy fácil cuando existe de por medio una persona con la calidad humana, la generosidad, el talento y las extraordinarias habilidades culinarias de Elena.

Así que ésta es la historia de un desencuentro feliz: la de un agente que nunca fue y la de un amigo que siempre ha sido. Moreno, quien, estoy seguro, nos acompaña desde algún rincón del universo un día como hoy, tenía razón. Carmelo ha hecho mucho por los estudios cubanos y es alguien que, como él vaticinó, me ha ayudado mucho más de lo que puedo describir aquí.



Texto como imagen: Arte Vivo,
Óleo sobre papel, 1975.